Xiloca 32
págs. 077-094
2004
ISSN: 0214-1175

Ecos literarios del valle

Francisco Lázaro Polo*

Resumen. Recorrido literario por el valle del Jiloca, mostrando los autores que han escrito sobre nuestras tierras y los escritores que han nacido en el valle. El recorrido comienza con El Cid y acaba con jóvenes escritores incipientes.

Abstract. Literary path along the Jiloca valley, showing the authors that have written about our land and the writters that have been born in the valley. The path begins with El Cid and finishes with young begginer writters.

*Profesor de literatura en el I.E.S. "Ibañez Martín". Teruel

MOSEN PEDRO

NOVELA POR BENJAMÍN JARNÉS

BIBLIOTECA PATRIA

Atravesado el río Henares, avanza con sus mesnadas y muy pronto penetra en tierras aragonesas. Su nombre es Rodrigo Díaz y se trata de un hidalgo nacido en un rincón de Burgos llamado Vivar. Quien fuera un héroe, paradigma y espejo en el que se miraba toda la comunidad castellana, personaje famoso por sus combates con los musulmanes de Graus, príncipe y alférez de Castilla que ostentaba el privilegio de llevar en sus manos la enseña real y dirimir controversias en juicios de Dios, se ha convertido en un perseguido, en un maldito a quien nadie mira, salvo un puñado de fieles guerreros.

Han sido los mestureros, personas mentirosas y envidiosas de la alta nobleza castellana, quienes le han acusado injustamente de ladrón, de haberse quedado con el producto de las parias cobradas en tierras de moros y cuyo destino no era otro que el de las arcas reales. Por eso el rey Alfonso VI ha desterrado al Campeador, un mote con el que se conoce a Rodrigo Díaz de Vivar, porque lo había ganado con tan sólo veintitrés años. Siguiendo los mandatos reales, nadie ofrece en Castilla amparo al héroe castellano. En Burgos nadie se atreve a hospedarlo, hasta los niños tienen miedo del rey. Acampa, pues, el Cid, otro sobrenombre con el que se conocerá a este guerrero, en la glera del río Arlazón para dirigirse poco después a San Pedro de Cardeña, un monasterio en el que duermen las tres mujeres de su vida: su esposa, doña Jimena, y sus hijas, doña Elvira y doña Sol. De ellas se despide *"plorando de sus ojos"* y lo hace con dolor, con el mismo dolor con que la uña se separa de la carne.

A partir de ahora el Cid debe de recuperar su honra perdida y debe de hacerlo luchando contra los sarracenos para, de ese modo, volver a ganar el favor de su rey. De todas estas cosas y de las batallas y conquistas del Campeador noshabla el Cantar de Mío Cid, el poema épico más importante compuesto en la España de la Edad Media. En la obra las tierras turolenses y, sobre todo, el Valle del Jiloca desempeñan un papel preponderante. Muchas veces aparecen referidos estos parajes en este poema de 3730 versos y en el que faltan veinte más, conocidos por estar prosificados en la Primera Crónica General, pues no hay que olvidar que la historiografía medieval se nutría entre otras fuentes de los cantares de gesta, lo que nos da idea de cuánta verdad histórica encerraba la polimetría anisosilábica de los versos épicos, aunque en este poema como en otros poemas medievales habitualmente se entremezclaran historia y poesía, verdad y ficción, máxime si tenemos en cuenta que los poemas épicos son literatura.

En tierras aragonesas el Cid empieza a recuperar la honra perdida y lo hace ganando batallas y territorios a los moros. En la ayuda de los sarracenos de Alcázar llegan tropas de Valencia: *"Tres mil moros cabalgan e piensan de andar,/ ello vinieron a la noch en Segorve posar./ Otro día mañana piensan de cabalgar,/ vinieron a la*

noch a Çelfa posar...”. Desde Segorbe, por Cella *“la del Canal”*, los moros llegan a Calatayud. El Valle del Jiloca aparece en el Cantar de Mío Cid, una tierra que parece conocer perfectamente el autor del cantar de gesta, un autor que, según el historiador aragonés, Antonio Ubieto, sería natural de Cella, de la Çelfa del Canal, y cuyo nombre sería el de Per Abbat, un clérigo que compondría el poema en 1207 y que lo haría con fines propagandísticos, con el objeto de montar un estado de opinión, una conciencia colectiva, un espíritu que convenciese a los turolenses de que la conquista de Valencia era una tarea sencilla y, sobre todo, sustanciosa, porque con ella cualquier guerrero valiente podía enriquecerse de la noche a la mañana.

Ubieto defiende la autoría aragonesa en oposición a Ramón Menéndez Pidal, castellanocentrista, que señala dos autores en el Cantar de Mío Cid, dos juglares de tierras sorianas, concretamente de Medinaceli y de San Esteban de Gormaz. Los argumentos en los que se basa Ubieto para defender su tesis son de raigambre fundamentalmente histórica; los de Menéndez Pidal tienen que ver más con la estilística literaria. En cualquier caso el argumento que invoca Ramón Menéndez Pidal de que los autores, como se desprende de la lectura del cantar de gesta, conocen perfectamente las tierras de Soria es contrarrestada por el argumento del historiador aragonés al afirmar que el autor conoce perfectamente las tierras aragonesas, pero sobre todo la Sierra de Albarracín y el Valle del Jiloca. Por eso los moros de Ateca, Terrer y Calatayud le advierten al rey moro de Valencia, Tamín, que si nos les ayuda no sólo perderá Calatayud, sino también toda la ribera del Jalón y que lo mismo ocurrirá con la del Jiloca: *“Si no das conseio, a Teca e a Terrer perderás,/ perderás Calatayut, que non puede escapar,/ rribera de Salón todo irá a mal,/ assí ferá lo de Siloca, que es del otra part...”*.

Pero el Cid termina venciendo a los moros y se adentra en el Valle del Jiloca. Llega a un montículo famoso, El Poyo, que está situado sobre Monreal: *“...i fincó en un poyo que es sobre Monreal”*. Un poyo al que describe del siguiente modo: *“...alto es el poyo, maravilloso e grant...”*. El poyo al que se refiere el autor es el Cerro de San Esteban, un antiguo asentamiento celta. A partir de ese momento el nombre del Poyo queda unido para siempre al del héroe castellano. Nos lo hace saber el autor cuando escribe: *“Quiero vos decir del que en buena ora nasco e çinxo espada/ Aquel poyo, en él priso posada, mientra que sea el pueblo de moros e la yente cristiana/ El Poyo de Mío Çid assil’dirán por carta”*. De hecho la localidad ya aparece con la denominación del Poyo del Cid en el Fuero de Molina.

Otros parajes de la geografía turolense figuran en esta joya de la literatura medieval. Son los casos de la cuenca del río Martín, las tierras negras de Alcañiz y diferentes localidades de la Sierra de Albarracín, como Bronchales y la misma ciudad de Santa

María. Pero el Valle del Jiloca y la Comarca de Calamocha ocupan, como dijimos, lugar preponderante. Hemos visto El Poyo del Cid, lugar en cuyo término aún figura como topónimo la fuente de Berenguer, conde catalán derrotado por el Cid que, según la tradición, lavó allí sus heridas recibidas con ocasión de la batalla del Pinar de Tevar. En esa misma batalla el Cid ganó al conde catalán la célebre espada Colada, ésa que, como dice un verso del Cantar: *"...mas vale de mill marcos de plata"*. Otro lugar de la comarca de Calamocha es la misma cabecera a la que el Cid logró meter en paria. Cuenta la Historia Roderici que en Calamocha se fortificó el Campeador con un grueso ejército de siete mil hombres y que allí celebró la Pascua de Pentecostés, el veinte de mayo de 1089. Topònimo importante es, asimismo, en el Cantar Monforte de Moyuela.

Tomada la ciudad de Valencia por el Campeador, desde Murviedro *"...una noch en trasnochada.... amaneçió Mio Çid en tierras de Mon Real..."*. Han señalado historiadores, como el citado Ubieto, que Monreal, en tiempos del Cid, era una población fantasma, que no existía. Habrá que esperar a que sea una realidad en el reinado de Alfonso el Batallador cuando este monarca aragonés funde en dicha población una orden militar. Citar a Monreal en el Cantar de Mío Cid no es sino otro anacronismo más de los muchos que contiene la obra, una licencia, por otra parte, permitida y, por otra parte, disculpada en cualquier obra de creación literaria.

El Cid ha pervivido, a lo largo del tiempo, en la conciencia colectiva de los habitantes del Valle del Jiloca. Hay topónimos que hablan de su persona y leyendas que lo convierten en modelo de caballerosidad y de valentía. Incluso su figura se ha convertido en protagonista de alguna novela histórica contemporánea, como la espléndida y documentada que lleva por título El Cid, cuyo autor es un historiador y creador literario de Daroca, José Luis Corral Lafuente.

Además del Cid, otro personaje es también protagonista de otro cantar de gesta ambientado en tierras calamochinas. El personaje al que nos referimos es Pedro de Ahones. Por desgracia el poema épico aludido se ha perdido, pero aparece prosificado en la Crónica de Jaime I. En ella se adivina la prosificación de varios versos y su naturaleza épica. La historia narra las luchas nobiliarias aragonesas entre 1217 y 1227. Pedro Ahones fue uno de los personajes más influyentes del reinado de Jaime I, de un rey protagonista de muchas leyendas turolenses. Con Pedro II había participado en la batalla de las Navas de Tolosa, en la misma contienda en la que, según la tradición, había tomado parte Diego de Marcilla, el Amante de Teruel. Este poema épico tiene como escenario Calamocha y su contornada y en él se narran los últimos años de este caballero. Su muerte se produce en 1226, en el camino de Cutanda. El noble fue herido de muerte por Sancho Martínez de Luna. La causa fue desobedecer los mandatos del rey Jaime.

Y es que Pedro Ahones andaba obsesionado con la conquista de Valencia, empresa que pensaba emprender por su cuenta. Cuando se enteró de esto el rey, intentó disuadir al noble en Calamocha. No logró su empeño y volvió a citarlo en Burbáguena, en presencia de otros ricoshombres. Al encuentro, además de Ahones y de Jaime I, acudieron Blasco de Alagón, Artal de Alagón y Ato de Foces. Ninguno logró convencer a Ahones de que renunciase a su empresa. Por esa razón el rey mandó prenderlo, pero el noble logró huir. Y fue entonces cuando, perseguido por las fuerzas reales, encontró la muerte en el camino de Cutanda. Cuenta el poema épico que el rey lloró la muerte del esforzado guerrero, no en vano habían sido grandes amigos, y que el obcecado caballero fue enterrado en Santa María de Daroca.

Pero además de la épica, la lírica también debió encontrar acomodo en el Valle del Jiloca. A estas tierras llegó Guillermo, duque de Aquitania y conde de Poitiers. Ni que decir tiene que en Provenza floreció en la Edad Media una rica poesía. Guillermo no fue el primer poeta de Provenza, pero su nombre es el primer nombre conocido de los poetas líricos de todo el occidente europeo. El trovador llegó del Mediodía francés para prestar ayuda a Alfonso el Batallador en su lucha contra los sarracenos. Con él se dirigió a Cutanda y en célebre batalla vencieron al numeroso ejército de Ibrahim Ibn Yusuf. Guillermo conoció como nadie el arte de trovar, de hacer versos, algunos de los cuales debió de componer en tierras calamochinas. Eran versos que hablaban de luces primaverales, de mujeres complacientes, de juegos de azar. En un hermoso poema dice que había abandonando cuanto amar solía. Vitalista y pendenciero, bronco y tierno, eterno frecuentador del amor y hasta compositor de versos metafísicos como aquél que dice: *"Farai un vers de dreit nien"*, haré un verso sobre absolutamente nada. Guillermo debió traer consigo a las tierras del valle todo el genio poético que habitaba en el Medidodía francés. Años más tarde, Alfonso II, el fundador de Teruel, rey aragonés con aficiones trovadorescas, acudirá a Poitiers, lugar de encuentro de los poetas más refinados del occidente europeo, concretamente a la corte de la nieta de Guillermo, Leonor de Aquitania, musa del amor cortés.

Pero si como dijo Menéndez Pidal un pueblo no puede vivir sin poesía, aunque ésta no haya llegado hasta nosotros por su raíz oral, muy bien podemos pensar que en la Comarca de Calamocha, como en otros puntos de la geografía española, es fácil encontrar diversas muestras de poesía tradicional y popular. Por los parajes calamochinos encontramos la laguna de Gallocanta, un espacio mítico de connotaciones misteriosas para los habitantes de la zona, que se eleva a unos mil metros de altitud entre los límites de las provincias de Zaragoza y Teruel. En torno a ella, en dominios que hoy abarcan pueblos turolenses como Odón, Bello, Tornos o Castejón, floreció, en época prerromana, una cultura céltica. Las tribus celtas que ocupaban la laguna eran gentes que vivían en pequeños poblados, cuidando sus rebaños y cultivando la

tierra. Literariamente los pueblos célticos europeos solían caracterizarse por ser amantes de los placeres de la vida y por respetar las tradiciones, ritualizadas éstas en medio de ciertos ciclos naturales, tradiciones orales nunca escritas; de ahí que haya llegado tan poca literatura céltica hasta nosotros.

Ni que decir tiene que la ritualización de esas tradiciones a las que nos hemos referido lleva consigo el cultivo de la poesía. Y es que los celtas que vivían en torno a la laguna de Gallocanta cantaban, como cantan los gallos- curioso topónimo- cuando el sol aparecía; y cantaban en los bautizos, cuando comenzaban las batallas; en medio de pantagruélicos banquetes en los que nunca faltaba la cerveza; y decían poesía al acabar el día o en el momento del adiós ante el amigo muerto. También recitarían plegarias a dioses como Lug –muy relacionado con el topónimo Luco–, uno de los dioses principales del olimpo celta y de las que todavía encontramos muestras como las de Peñalba de Villastar. En los bosques y en dificultosas cimas situaban sus santuarios naturales, al lado de ríos, fuentes o lagunas, lugares considerados como moradas de los dioses. Entre los celtas los druidas eran una poderosa casta sacerdotal que acumulaba en las personas que la componían diferentes funciones, además de las propiamente litúrgicas, las de sanadores, adivinos, consejeros políticos y lo que más nos interesa a nosotros, la de poetas. Druidas debió de haber, pues, en las tierras de la laguna que versificarían y compondrían poemas dedicados a la naturaleza, a sus dioses, al amor, al viaje como símbolo de la vida del alma, y, en último término, a cualquier acontecimiento de la vida en la que el espíritu humano llegase a vibrar. Bardos debió de haber en estas tierras que compusieran leyendas cuyos escenarios lo formasen regiones utópicas, atrevidos paraísos por los que deambularan mujeres hermosas y animales fantásticos y en los que aventuras increíbles estuviesen a la vuelta de la esquina.

Hoy, al cabo de más de dos milenios, una serie de realidades que se manifiestan en forma de ermitas, árboles, topónimos, costumbres, rituales y curiosas simbologías nos hablan del legado espiritual del pueblo céltico, herencia que yace escondida, pero que, sin duda, aún perdura, es verdad que con su correspondientes variaciones y metamorfosis. Se trata de un legado cultural que pertenece a un pueblo letraherido como es el pueblo celta que en tierras de la comarca calamochina, como en otras tierras europeas, fue capaz de convertir en poesía el acontecimiento más minúsculo de la vida cotidiana. Lo que demuestra que este pueblo supo conjugar con acierto la belicosidad con la ternura. No en vano, un poeta nacido en Bilbilis, cerca de Calatayud, llamado Marco Valerio Marcial, maestro del epigrama, habló, además de las aguas del Jalón y las del Tajo, además de las aguas turolenses de las fuentes Dercena y Nemea con sus aguas frías que mitigaban la ansiosa sed, de los Silaos, los del Jiloca, diestros con la flecha y con la jabalina.

Esos Silaos son, al cabo de los años, los llaneros de Juan Antonio Usero, los llaneros que, a veces, no les queda más remedio que huir de su tierra, una tierra dura donde tanto cuesta ganar el pan de cada día: *"Llaneros iban huyendo/ de la llanura descalza"*. Llaneros que huyen de la tormenta y del granizo, de esos fenómenos que se forman en la laguna de Gallocanta, laguna que, cuando tiene poca agua, castiga, según la creencia popular, a los Silaos con vapores malignos que afectan su salud. Silaos o llaneros de raigambre céltica que buscan desesperados lo que les corresponde como ocurre en la novela La Sombra del Águila, también de Usero, y que, como cuentan estos versos del Romance de la Llanura: *"Tienen el rostro de sombra/ surcado por la guadaña/ del sol, la lluvia y el viento,/ del aire, el fuego y el agua"*.

Esta poesía, tradicional y popular, que va desde los druidas hasta Usero, a veces teñida de pátinas cultistas, también engloba a otros poetas de la tierra. Poetas como el monrealero Lucas Yuste Moreno, que habló con dolorido sentir de los desastres de la guerra y de esos campesinos que llevan sobre la frente el sol de muchos días, curtidos por las fatigas. Como muestra sus libros Surcos y Poemas del Ayer y de Hoy. Y engloba a sus paisanos, la joven poetisa monrealera, Ana Fuertes Sanz, que funde palabras con la tierra y con el paso del tiempo y a Vicente Benedicto Hernández, que, con serena tristeza, contempla la muerte de los campos de azafrán. Esa poesía envuelve al poeta de Villar del Salz, Enrique Urquiza López, que desde Valencia, en su lírica, manifiesta añoranza y hambre de pueblo. Y así mismo la poesía envuelve al poeta de Burbáguena, Enrique Villagrasa González, dispuesto en cada uno de sus obras a recuperar el recuerdo, a sumirse en la memoria. Eso es, al menos, lo que ocurre en Fragmentos donde tan sólo la memoria fija la distancia en el trujal, pues es en el pueblo donde: *"Ahí revierte la vida,/ que amanece en quimera"*. Y eso es lo que ocurre en Memoria Impenitente y hasta en Sílaba del Anochecer en donde se nos dice que tan sólo la memoria fija la distancia y por eso mismo el poeta nunca olvidará aquellos gestos infantiles de las escolares rosas. Para Villagrasa la memoria es una realidad cotidiana como debió de serlo para los druidas célticos de Gallocanta, una realidad que se construye con la palabra dispuesta a perdurar, capaz de trascender al mármol y al ciprés.

Siguiendo con las historia de los druidas señalaremos que en los años sesenta surge en Zaragoza el *"Grupo de Poetas del Niké"*, una serie de intelectuales aragoneses agrupados bajo el liderazgo de Miguel Labordeta, empeñados todo ellos en crear una vanguardia con lo que implica este marbete de renovación poética. Junto con el citado Labordeta luchaban Luciano Gracia, Guillermo Gudel, José Antonio Rey del Corral, Emilio Gastón, Juan Antonio Gómez, Rosendo Tello y los turolenses Raimundo salas Mercadal, de Blesa, y un poeta nacido en Blancas, Benedicto Lorenzo. Este último realizó un notorio esfuerzo en el enteco panorama cultural de posguerra, creando revistas poéticas. Define su poesía como realista y sincera y cree

que las palabras son esenciales porque tienen entidad y sustancia. Con esos planteamientos artísticos elabora libros de notable calidad como Voz Interior, Fondo de Soledad, Norte de Esperanza o Víspera de Ti.

Entre los druidas celtas y estos llaneros que son Villagrasa, Usero, Yuste, Ana Fuertes, Urquiza, Benedicto, se ha desarrollado, a lo largo de los siglos, un amplio corpus poético ligado a la conciencia colectiva de todo un pueblo. Lo componen gozos a la Virgen, villancicos, dances populares, auroras, albadas, juegos infantiles, canciones de cuna, composiciones que tienen como tema los ciclos de la vida o la recogida de ciertos productos agrarios como el azafrán o el cereal. Y lo componen dichos de ciertos bailes, como el de San Roque de Calamocha y de Cutanda, lugar éste último del que era oriundo el poeta del siglo XII, Al Kutandi, como nos ha ilustrado, recientemente, Emilio Benedicto. Así como de este corpus forman parte romances, chascarrillos baturros y jotas, manifestación ésta última que al final unifica y envuelve todo.

Algunas de estas manifestaciones poéticas tienen sus raíces en el oralismo de la noche de los tiempos. En tierras de Monreal, muy azafraneras, una canción ensalza la rosa del azafrán: *"Hay una flor en el campo/ que le hace brillar el alba./ Cinco galanes la cogen;/ se la llevan a su casa./ La ponen sobre una mesa;/ entre ellos la despedazan./ La queman a fuego lento/ y la dama ya descansa./ Se la llevan a las Indias/ para remedio de España"*. Y en Caminreal se cantaba: *"Cuando más goza un baturro/ es cuando mata el cochino/ la remolacha bien cara/ y si el zafrán ha subido"*.

En el ciclo festivo navideño, en la comarca de Calamocha, como en el resto de España, suelen cantarse villancicos, unas composiciones que tienen como protagonistas a San José, la Virgen o el Niño, siempre con sus ocupaciones carpinteras, de labores domésticas o pastoriles. En esta línea, en Ojos Negros se canta un villancico cuya protagonista es la Virgen: *"¿ Quién es esta señorita/ que está sentada en la silla?/ Es la señora María/ que tiene cara de rosa./ Ardía la zarza,/ la zarza ardía/ y no se quemaba/ la Virgen María"*.

El culto a la Virgen está muy arraigado en la comarca, no en vano muchas iglesias de los pueblos que la componen están dedicadas a momentos gloriosos de la vida de la madre de Cristo. Y las vírgenes de estos pueblos suelen tener sus gozos, composiciones poéticas destinadas a cantar su grandeza que, formalmente, se dividen en coplas. Son famosos los gozos a la Virgen de las Cuevas de Caminreal a la que los vecinos de la localidad invocan en su auxilio: *"Sobre todo, Madre amada, / asístenos en la muerte,/ para que de aquesta suerte/ vuestra amorosa mirada/ sea al fin de esta jornada/ presagio de vida eterna/ Válganos la protección,/ Virgen Santa de las Cuevas"*.

Dentro de la lírica tradicional encontramos los rosarios de la aurora, composiciones poéticas cuyos orígenes se remontan al siglo XVII cuando los frailes dominicos difundieron el rosario por toda España, tras la batalla de Lepanto. Se trata de estrofas sencillas que solían cantarse al amanecer en determinadas festividades del año, lo que se hacía en procesión. Los rosarieros o despertadores de Lechago que entonaban estos poemas cantaban: *"Cristianos venid, devotos llegad/ a rezar el rosario a María/ si el reino los cielos queréis alcanzar"*. Rosario de la aurora existió en Blancas, un rosario en el que sus coplas exhortan a los vecinos para que se levanten: *"A la Aurora tiene a la puerta/ despierta cristiano si quieres venir..."*. Otros rosarios de la aurora se cantaban en pueblos como Caminreal, Barrachina, Báguena, Burbáguena, Monreal, Navarrete, Torralba y Rubielos de la Cérida, por citar ejemplos de cierto valor literario.

En el corpus poético al que nos venimos refiriendo destacan las albadas. También se interpretaban estas cancioncillas, que conectan con la más antigua lírica tradicional de la Península, en determinadas fiestas. En Lechago se cantaba lo siguiente: *"Simón y Judas divinos/ ya os podéis alegrar/ que a la mañana vendremos/ y os sacaremos a roldar"*. Asimismo, encontramos cantos religiosos propios de la Semana Santa como el Reloj de la Pasión y los Dolores de Nuestra Señora, composiciones formadas por estrofas de cuatro versos octosílabos. Por otra parte, con la Semana Santa de Monreal del Campo se halla indisolublemente unido El Abajamiento, una representación teatral de carácter sacro que conecta con el primitivo teatro medieval y que se representó, con sus correspondientes altibajos, a lo largo de casi un siglo, entre 1862 y 1959.

Asimismo, significativos son los dances de la zona. Destaca el dance de Odón que solía representarse todos los años, a mediados del siglo XIX, en el señorío de Molina ante el Santuario de la Virgen de la Hoz, situado a orillas del río Gallo. Y es que los vecinos de Odón eran grandes devotos de la virgen mencionada y la devoción de éstos aparece en estos gozos : *"Sería injusto callar/ la acendrada devoción/ de los vecinos de Odón/ que siempre esperan hallar/ favor, y gracias sin par/ en Reina tan poderosa"*. Otros dances, en los que se entemezclan la música y el texto teatral son los de Bello, Cutanda o Caminreal. El texto teatral de estas composiciones contenía bastantes elementos religiosos y en él siempre suele cobrar protagonismo el santo patrón de la respectiva localidad.

Del siglo XVII es Jerónimo Salas Malo, un caminrealino que llegó a ser obispo de Albarracín. Cultivó la poesía. Tenemos noticias de su participación en certámenes y justas poéticas. Poesías suyas, en latín y en castellano, aparecen, como aparecen las de otros poetas y poetisas turolenses, en un Compendio de las fiestas que ha celebrado la Imperial Ciudad de Zaragoza por haber promovido la Majestad Católica

SRTA. BLANCA CATALÁN DE OCÓN

SRTA. CLOTILDE CATALÁN DE OCÓN

del rey Nuestro Señor, Felipe Tercero de Castilla y Segundo de Aragón al Ilustrísimo Señor don Fray Luis Aliaga su confesor, y de su Real Consejo de Estado en el Oficio y Cargo Supremo de Inquisidor General de España. Ocurría esto en 1619. Los poemas de Jerónimo Salas que figuran en este libro son una manifestación más de la poesía que se hacía en Aragón en aquella época, piezas barrocas de circunstancias, de no mucha calidad literaria debido a estar forzadas por la inmediatez y los reclamos de convocatorias.

Nacido en 1784 encontramos a Joaquín Escriche y Martín, un caminrealino liberal que luchó contra los franceses en la Guerra de la Independencia. Cultivó la poesía de tono patriótico al estilo de la de Quintana, Nicasio Gallego y Álvarez Cienfuegos, traductor de Horacio y de Bentham y cultivador de literatura jurídica como el Manual de Derecho Patrio o el Manual del Abogado Americano. Es, asimismo, autor de la monumental obra Diccionario de Legislación y Jurisprudencia.

A la copiosa saga de bardos caminrealeros pertenece el escritor baturrista-costumbrista, Adelino Gómez Latorre, nacido en 1913 y cuya educación fue autodidacta. En su pueblo natal fundó un grupo de teatro que representó a autores clásicos. Cultivó la poesía de raigambre costumbrista como testimonian el Romancero Popular, Carasol Baturro y Solera de Aragón, pero supo superar el costumbrismo en tal vez su mejor libro, Romancero Aragonés, de influencia lorquiana, con atrevidas imágenes, y con

poemas inolvidables como el titulado Un hogar aragonés: *"Hay una puerta arrugada/ con moho en sus clavos viejos./ Sobre la puerta pigmea/ un tejado rojo y negro,/ y en la casa de cartón/ se cobijan los abuelos./ Noche cual boca de lobo/ que ha concebido el invierno./ Con la nieve hace negocio/ un fino viento barbero"*.

Adelino Gómez también cultivo la prosa, una forma muy emparentada con los chascarrillos del farmacéutico de Ojos Negros, maestro de la historieta gráfica, Teodoro Gascón, un excelente dibujante. Tanto Gómez Latorre como Gascón recrean en sus obras en prosa, estampas baturras, el folklore y la idiosincrasia aragonesa. Adelino es autor de Riberica del Jiloca, El Tenorio de mi Pueblo o Gentes de mi Tierra. Novela de costumbres es La Promesa, a la que seguirán Su Único Gasto, Sarcasmo y El Crimen del Principal. Adelino también cultivó el teatro, con enorme éxito y escribiendo, a veces, en colaboración con Tolosana de la Cariñana. Del éxito aludido gozaron obras como Casta Luna en la que se recrea el tema del bandido generoso, tan manido en los pliegos de cordel y romances de ciego. Adelino también compuso zarzuelas y guiones radiofónicos.

Otros poetas del terruño que cultiva una poesía elemental y sincera, aunque la brillantez literaria no sea muy alta es Joaquín Gimeno de Val, el tio Gimeno, que ejerció de herrero en Villahermosa y Calamocha y que habla en versos sencillos del amor, del paisaje y del recuerdo.

Vinculada a Monreal del Campo está la familia Catalán de Ocón. Entre finales del siglo XIX y principios del XX escribe José María Catalán de Ocón que aborda el tema del paisaje turolense y se regocija en el menosprecio de corte y alabanza de aldea. En hermosos alejandrinos canta con acierto las bellezas que encierra la sierra de Albarracín. Una de sus hijas, Blanca Catalán, fue notable botánica. La otra hija, Clotilde Catalán, que firmaba con el pseudónimo de La Hija del Cabriel, también escribe por esta época poemas dirigidos a su padre, pero también otros, que nos recuerdan a Rosalía de Castro, cuya interlocutora es su madre muerta, poemas como aquél que dice: *" Oigo una voz armoniosa/ Que mis sentidos embarga/ Es mi madre que me espera/ y desde el cielo me llama"*. En otros poemas suyos pueden rastrearse ciertas semejanzas con versos del salmantino Gabriel y Galán o de Fray Luis de León: *"Tienes un caliente hogar/ Donde has formado tu nido/ Y donde vives dichoso/ Lejos del mundo y su ruido/ Viendo realizado el sueño/ Que forjaste cuando niño"*.

En lo que respecta al teatro, en la Comarca de Calamocha, destaca en el siglo XVI un bachiller *" hombre bajo, cargado de espaldas, barbinegro, natural de Burbáguena"*, ridiculizado en el deleitoso paso cuarto de Lope de Rueda. Este bachiller es Bartolomé Palau. Su teatro se representó y leyó. Es autor de una serie de farsas como la Farsa Salamantina y de otras obras, algunas relacionadas con acontecimientos de

su pueblo natal como Historia de Santa Orosia, escrita con ocasión de la llegada de las reliquias de la santa a Burbáguena y que, a pesar de su título, poco contiene de temática religiosa, ya que toca los amores de don Rodrigo y la Cava y la consiguiente venganza del conde don Julián que traerá consigo la pérdida de España. Nada se habla de la vida y virtudes de la santa, compuesta con metros populares como es el octosílabo y anegada de frecuentes localismos que todavía hoy pueden detectarse en el habla de Burbáguena. Otras obras de este autor son la Historia de Santa Librada o la Victoria de Cristo.

De la Edad Media provienen muchas leyendas, forjadas dentro de la tradición oral, y que tienen que ver con la milagrosa aparición de vírgenes, cristos y santos de la comarca. Muchas han sido recogidas en la obra del Padre Faci, Aragón Reino de Cristo. Famosas son las que giran en torno al Santo Crucifijo de las religiosas de Santa Clara de Báguena, el de la Iglesia parroquial de Bueña, el de la Santa Cruz de Ojos Negros o famosas son las que giran en torno a las apariciones de vírgenes, *"en tiempos de los moros"*, como Nuestra Señora de Pelarda y del Mar en Olalla, de las Santas Masas de Ojos Negros, de la Silla en Fonfría, de los Navarros en Fuentes Claras, del Moral en el Poyo, de las Cuevas en Caminreal, de los Olmos en Tornos, de la Carrasca en Blancas...

Otras leyendas, concretamente en Monreal del Campo, nos hablan del origen de ermitas dedicadas al diablo, de pactos con el Maligno, de ninfas que se oyen en los Ojos del Jiloca, de fuentes que tienen nombres de pantera. También hay leyendas de apuestas macabras en Caminreal y tradiciones orales que nos ponen de manifiesto la valentía y abnegación de personajes de la comarca, como Miguel Bernabé, un labriego de Báguena que defendió en un acto heroico, pagando con su propia vida, el castillo de su pueblo. La misma historia se repite en Bueña en donde el alcaide de la villa, Martínez de Gombalde, no sucumbió a la amenaza, si no entregaba la villa, del sacrificio de la vida de sus hijos, que terminaron muriendo en manos de los ejércitos castellanos.

Varios personajes de la comarca desarrollan su labor literaria en el siglo XVIII. Es en Fuentes Claras en donde destacan dos autores prolíficos. En la prosa diociochesca sobresale José de Ibáñez y Gassia, matemático y escritor, que cultivó muchos géneros literarios como la prosa, el teatro y la poesía. De esta misma localidad es el escolapio Joaquín Ibáñez de Jesús y María, autor de un Arte Poética en romances endecasílabos, destinados a aliviar el trabajo de su alumnos de corta edad, un gran orador, como lo había sido en el siglo anterior el franciscano de Torre los Negros, el Padre Selleras, y autores ambos de importantes obras de temática religiosa.

En enero de 1828 un gallego se instala en El Poyo del Cid. Su nombre es Víctor Pruneda. Allí ejercerá como maestro y como secretario del Ayuntamiento. Había llegado por azar a tierras del Jiloca y se dedicó muy pronto a la política, al mismo

tiempo que destacaba en el campo del periodismo. Como han dicho sus estudiosos fue un verdadero conspirador romántico cuya vida bien hubiese podido ser novelada por Dumas, Galdós o Baroja. Sus ideas republicanas las difundió entre otros periódicos en El Centilena de Aragón, El Avisador y El Teruelano. Inolvidables son sus artículos en los que defiende ideas de libertad y de igualdad entre los hombres. También tuvo aficiones poéticas, como las tuvo su hijo Pedro, nacido en El Poyo del Cid, de ideas republicanas como su padre y autor de la obra histórica Crónica de la Provincia de Teruel. Ambos, padre e hijo, fueron redactores de la revista poética valenciana La Esmeralda.

Aparte de Pedro Pruneda, autor como acabamos de decir de la Crónica de la Provincia de Teruel, en la historiografía turolense decimonónica destaca un autor natural de Torrijo del Campo, Francisco Cabello Rubio. Este personaje desempeñó diferentes cargos políticos hasta llegar a Ministro de la Gobernación. Fue coautor de la obra Historia de la Guerra Última en Aragón y Valencia, editada en Madrid entre 1845 y 1846, en la que realiza un pormenorizado estudio de la primera guerra carlista expuesto con un lenguaje mesurado y una prosa precisa.

La provincia de Teruel está presente en varias novelas del escritor canario Benito Pérez Galdós, sobre todo las tierras del Maestrazgo, pero la Comarca de Calamocha también encuentra acomodo en sus narraciones. En la cuarta serie de los Episodios Nacionales , en Carlos VI en la Rápita, dos personajes, la pareja formada por Santiuste y una moza alcorisana, Donata, en un incansable peregrinaje, atraviesan diferentes lugares, entre ellos Cosa. También en el episodio de Cartago a Sagunto dos personajes que van de Calatayud a Teruel atraviesan las tierras del Jiloca.

Por su parte, Olalla, la Virgen de Pelarda, su Cofradía y Romería aparecerán en la novela Mosén Pedro, la primera novela del escritor aragonés Benjamín Jarnés. Hacia 1923 este escritor y el pintor uruguayo, Rafael Barradas, llegan a Olalla con el fin de visitar al párroco de la localidad, Pedro Jarnés, hermano del escritor. La ermita de Pelarda y su romería serán recreadas en la novela citada que Benjamín dedicó a su hermano Pedro. Así describe Jarnés el camino que lleva al santuario: *"A pocos kilómetros está el santuario, pero llegar a él, es muy penoso. Va la senda por ramblizos llenos de cortantes guijarros y ramas secas; luego va subiendo por una serrezuela pedregosa, erizada de cardos; después se hunde en una torrentera..."*.

Jarnés capta con maestría el paisaje. Destaca la descripción que hace de Olalla en una de las visitas a su hermano Pedro: *"Cuando me hundí en aquellas sierras; me sentí abrazado por un fecundo silencio... Ya veo el pueblecito.... Las ventanas están cerradas –pupilas ciegas de un pueblo en reposo–. Abajo en los zarzales y en los chopos que bordean la rambla, labra también la nieve sus encajes primorosos"*.

Además de en Mosén Pedro, Olalla aparece en otra obra de Benjamín Jarnés, Cartas al Ebro, un conjunto de relatos publicados en México, en 1941. Por este libro tenemos noticias del último viaje efectuado por Jarnés a Olalla. Lo realiza para enterrar a su hermano, que fallece en 1927.

Y de Olalla es el Padre José Beltrán, cuya vida transcurre entre 1882 y 1965, y que es representante de una tradición poética que parte del Romanticismo conservador, contagiándose del Modernismo, y que exalta el cristianismo y el patriotismo. Eso es lo que vemos en su libro de sesenta y seis poemas, Amor, Rubio Milagro. El tema central de la obra es la religión católica, unido al nacionalismo español, pero en el libro destaca un delicado lirismo que puede contemplarse en el tono crepuscular de ciertos poemas como el que habla de la caída de las hojas: *"Las hojas mustias y secas/ en lentos círculos caen,/ y triste se queda el río/ y triste se queda el valle,/ y triste se queda mi alma/ como la luz de la tarde"*.

Por su parte, debemos añadir a esta nómina de escritores del valle a un franciscano de Torrijo del Campo que llegó a ser obispo de Teruel a lo largo de más de veinte años: Fray León Villuendas Polo. Es autor este franciscano de una serie de ensayos de contenido religioso, político y social. Asimismo, este personaje que penetraba en la época del nacionalcatolicismo en los hogares turolenses a través del espacio radiofónico La Voz del Prelado es el autor de libros de viajes en los que cuenta su experiencia en Tierra Santa, así como de novelas de temática bíblica entre las que destacan Raquel la Bellemita, Miriam, la Convertida de Magdala y El Traidor, novelas histórico-bíblicas en las que se nota la influencia de Sienkiewicz o del cardenal Wiseman. A través de estos libros, el prelado turolense transmite a sus lectores lo más íntimo de su emoción, producida ésta por un mundo que parece sustancia divina y en el que todo está bien hecho.

Las tierras del Jiloca están presentes en libros de viajes. Lo corroboran las impresiones de un viajero extranjero del siglo XVIII, Joseph Townsend, que visitó España y entre las tierras que recorrió figuran las del Jiloca. De ellas le interesaron dos aspectos: la toponimia y los aspectos humanos y sociales. Del campo de Bello habla como de un terreno desolado, casi desértico, donde se cultiva la tierra con arados primitivos; sin embargo, de la gente destaca su amor al trabajo. También del paisaje del valle se ocupa Antonio Ponz, amigo del ilustrado de Villar del Salz, J.A. Hernández y Pérez de Larrea, y lo hace en su Viaje Por España. Y ya, en pleno Romanticismo, estas tierras del Jiloca las recrea el viajero inglés, John Moore.

Por último hay que hablar de otros llaneros, vinculados al Valle por distintos motivos, pero que han ambientado en él sus ficciones literarias. Estos llaneros tienen nombres como Juan Villalba Sebastián, Francisco Martín o Elifio Feliz de Vargas, pero, sobre todo, destaca un llanero famoso, un creador de seres imposibles, Antón

Castro, un gallego como Pruneda que ha vivido en tierras turolenses. En su libro de relatos, Los Seres Imposibles, recoge uno titulado *"Margarita Artal a caballo"*. En él nos cuenta el escritor gallego que un tal Salustio Bienzobas habitaba la quinta de El Salobral, situada al lado del río Jiloca, entre Luco y Calamocha. Era una finca paralela al río y al camino que conduce al convento de las Concepcionistas, *"... en los alrededores crecen perales, manzanos y chopos"*. Salustio era un bohemio, amigo de tertulias y lector incansable de Juan Ramón Jiménez. Amó muchas mujeres en su vasto dominio del Salobral, pero a ninguna tanto como a Margarita Artal, una joven que tenía la costumbre de montar a caballo desnuda o vestida tan solo con un tul de muselina. Al caer la tarde contemplaba a esa hermosa mujer Olegario Cerezo, el maquinista que hacía el recorrido Zaragoza-Teruel. Este hombre nunca dudó de la existencia real de esa mujer que montaba a caballo desnuda, sin embargo la mayoría de los llaneros negaban su existencia, aduciendo que la muchacha sólo era un producto de mentes calenturientas.

Pero la historia no termina. Continuarán los ecos literarios del valle, historias y leyendas bajo formas poéticas. Y seguirán naciendo llaneros, xilaos que sueñan eternamente con las musas y los inmensos encantos del Jiloca.

Bibliografía

ALDECOA CALVO, J. S. (1991): "La despertada y el rosario de la aurora de Blancas. Otros cantos de aurora de la comarca del Jiloca", *Cuadernos del Baile de San Roque* 6, págs. 41-80, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca.

ARTAL BURRIEL, A. (1992): "Olalla y la romería de Pelarda en la literatura de Benjamín Jarnés", *Xiloca* 9, págs. 219-226., Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca.

BELTRÁN, A. (1990): *Costumbres Aragonesas*, León, Everest S.A.

BROCK, J.M. (1992): "Impresiones de un viajero extranjero en el valle del Jiloca", *Xiloca* 9, págs. 71-80, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca.

BENEDICTO GIMENO, E. (2002): *Historia de la Villa de Cutanda*, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca.

CASTRO, A. (1998): *Los Seres Imposibles*, Barcelona, Ediciones Destino.

DE JAIME, J. M. y DE JAIME GÓMEZ, J. (2000): "Joaquín Ibáñez de Jesús y María (Fuentes Claras 1738-1809) Provincial de Aragón de los escolapios, escritor y notable maestro de Humanidades", *Xiloca* 26, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca.

FACI, R. A. (1739/): *Aragón Reino de Cristo y dote de María Santísisma*, Zaragoza.

GARCÍA DE LA ROSA, A. (1999): *El Canto de la Laguna. Una lectura celta de Gallocanta*, Zaragoza, Mira Editores.

EZPELETA AGUILAR, F. (2000): "Teruel en los Episodios Nacionales de Galdós", *Xiloca* 26, págs. 233-244.

GÓMEZ LATORRE, A. (1945): *Romancero Aragonés*, Valencia, Imprenta Renacimiento.

HERNÁNDEZ BENEDICTO, J. (1998): *Lucas A. Yuste Moreno. Poeta de Monreal del Campo*, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca.

LAÍNEZ, J.C. (1998): "La poesía del Padre José Beltrán: Un análisis de sus núcleos temáticos a través del libro Amor, Rubio Milagro", *Xiloca* 22, págs. 247-256, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca, 1998.

LÁZARO POLO, F. (1999): *Crónica del Teruel Extraño*, Zaragoza, Ibercaja; (1989): "Rasgos estilísticos de los Gozos de la Virgen de las Cuevas, Patrona de Caminreal", *Xiloca* 3, págs. 123-138, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca; (1990): "Assi ferá lo de Siloca, que es del otra part: Alusiones épicas a nuestra comarca en el Cantar de Mío Cid", *Xiloca* 5, págs. 91-101, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca; (1990): "Jerónimo Salas Malo y Joaquín Escriche y Martín: Noticias sobre dos personajes ilustres de Caminreal" en *Xiloca* 6, págs. 203-212, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca; (1997): "Introducción a la literatura turolense", *Xiloca* 20, págs. 257-283, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca; (1998): "Fray León Villuendas Polo: Catolicismo y Nación", *Xiloca* 22, págs. 115-128, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca.

LUNA CALVO, Mª P. y LUNA CALVO, Mª L. (1997): "El Reloj de la Pasión y los Dolores a Nuestra Señora, el Viernes Santo en Tornos", *Cuadernos del Baile San Roque* 10, págs. 29-34, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca.

MARTÍN SORIANO, A. y MARTÍN TOLÓN, A. (1990): "Cantos populares de Lechago ", *Xiloca* 5, págs. 231-263, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca.

MARTÍN RUBIO, S. (1990): "Razón de un licenciado", *Xiloca* 6, págs. 265-67, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca y (1991): "La historia de la gloriosa Santa Orosia, de Bartolomé Palau, bachiller de Burbáguena. Notas para su lectura", *Xiloca* 8, págs. 291-299, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca.

MARTÍNEZ TEJERO, V. (1991): " Notas históricas del dance de Odón ", *Xiloca* 8, págs. 201-08, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca.

NEGRO MARCO, L. (2000): "Benedicto Lorenzo de Blancas. Poeta turolense del Niké", *Xiloca* 26, págs. 119-138, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca.

Poema de Mío Cid (1991): *Edición de I. Michael*, Madrid, Castalia.

UBIETO ARTETA, A. (1981): *Historia de Aragón. Literatura Medieval I*, Zaragoza, Ediciones Oroel.

USERO J.A. (1957): *Romance de la Llanura*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses y (1957): *La Sombra del Águila*, Barcelona, Sagitario.

VILLAGRASA GONZALEZ, E. (1998): *Fragmentos*, Cambrils, Trujal Ediciones y (2000): *Sílaba del Anochecer*, Diputación Provincial de Zaragoza, Veruela Poesía.

VILLALBA SEBASTIAN, J. (1994): "Los escitores baturristas-costumbristas turolenses: Teodoro Gascón y Adelino Gómez Latorre", *Xiloca* 13, págs. 133-147, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca.

VILLANUEVA, J. R. (2001): *Víctor Pruneda. Una pasión republicana en tierras turolenses*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses.